

**Julio César Cano**

**OJALÁ  
ESTUVIERAS  
AQUÍ**

**Asesinato en el Mercado Central**

**El nuevo caso del inspector Monfort**



**MAEVA**

«Algunas personas no tienen tanta suerte,  
como aquel personaje que interpretaba Marlon  
Brando en *La ley del silencio*.  
Un buen muchacho que, sin embargo, no tiene la  
menor suerte.»

*Toro salvaje*

JAKE LA MOTTA

«Vaya donde vaya, oigo las voces de los muertos,  
y me pregunto si podrán seguirme  
hasta el otro lado del océano Atlántico.»

*Las cenizas de Ángela*

FRANK MCCOURT

## Prólogo

*Como si de una laberíntica tela de araña se tratara, la ciudad de Castellón se une al barrio marítimo del Grao a través de infinidad de caminos agrícolas que discurren entre campos de naranjos y las acequias que los riegan. En primavera, un profundo aroma a azahar inunda el ambiente. Se trata de un paisaje solitario y poco conocido, el decorado perfecto para llevar a cabo cualquier tipo de actividad delictiva.*

*En un almacén abandonado, situado en uno de los caminos menos concurridos, dos hombres pelean en un improvisado cuadrilátero ante un público que suda y abuchea con los ojos desorbitados. La temperatura en el interior del infecto local supera con creces los treinta grados. La intensa humedad convierte el aire en una masa asfixiante difícil de respirar. Los dos hombres mantienen un encarnizado combate de boxeo. Uno de ellos se tambalea extenuado al recibir un duro golpe en la zona del hígado, pero se repone y vuelve a la carga. Al otro le sangra una ceja y tiene el ojo tan hinchado que parece un tercer puño. Los espectadores vociferan lo que podrían ser los nombres de los luchadores, pero en realidad son solo sus apodos. Un hombre se pone de pie sobre un taburete en una esquina del local y, de forma manifiesta, muestra al público sus manos con sendos fajos de billetes.*

*—¿Quién da más?— grita para que los presentes puedan oírlo.*

*El fajo de la mano izquierda es más abultado que el de la derecha. Levanta la izquierda y anuncia a gritos el apodo de uno de los púgiles. A continuación levanta la derecha y clama el apodo del otro*

boxeador. Los espectadores depositan su dinero en una u otra mano del que parece dirigir la timba mientras este va anunciando la subida de las apuestas.

Los hombres continúan con la endemoniada pelea. Los golpes se suceden sin piedad; es un combate de boxeo, aunque parece mucho más que eso. No se trata de deporte, sino de una lucha por dinero. Los que están dentro del ring pelean por salvar la vida mucho más que por alcanzar la gloria.

En una décima de segundo, y sin que nadie se lo espere, el que parece estar menos entero lanza un gancho terrible que impacta directamente en la sien de su adversario, provocándole un quejido surgido del alma. Se oyen murmullos de consternación entre el público. El protector bucal sale despedido y algunas gotas de sangre salen disparadas en todas las direcciones. El púgil alcanzado cae al suelo, tambaleándose como una marioneta a la que de repente le han cortado los hilos. Los ojos en blanco. Las piernas sufren una convulsión. Una sacudida, otra más, otra, y el hombre queda inmóvil con la cabeza ladeada en el suelo del almacén. Los asistentes están divididos. Unos claman al verse vencedores; los otros blasfeman cariacontecidos, estupefactos.

El que tiene el dinero de las apuestas se pasa el pulgar por la lengua y empieza a contar los billetes. Los que habían apostado por el ganador improvisan una fila frente al del dinero, los otros agachan la cabeza y salen despacio sin dejar de mirar a aquel por el que habían invertido.

El perdedor continúa inmóvil en el suelo. Un hombre arrodillado junto a él intenta reanimarlo haciendo algo parecido a un masaje cardiaco. Desesperado, le practica la respiración boca a boca para insuflarle algo más que oxígeno.

El del dinero parece no inmutarse y sigue contando los billetes con los ojos inyectados de codicia.

Una mujer lanza un grito aterrador, sujetándose en las cuerdas del ring.

Fue bonito mientras duró, pensaba la agente Silvia Redó sentada al borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas y las palmas de las manos aguantándole la cabeza. Dormir se había convertido en una necesidad difícil de satisfacer. Los fármacos la adormecían durante un par de horas, pero pasado ese tiempo, clic y vuelta a empezar.

Jaume Ribes se lo había puesto más fácil de lo que cabía esperar en una ruptura sentimental. Encajó el golpe como un escollo con el que se tropieza en el camino, y tomó las riendas del asunto como si tuviera claro lo que debía hacer. Le habló con calma, sereno; estaba triste, pero entero. Habló de la felicidad de ambos, del poco tiempo transcurrido y de todas las sensaciones maravillosas que había experimentado junto a ella; de sus trabajos, tan poco compatibles, pero a los que no quiso atribuir la responsabilidad de la ruptura. Silvia estuvo a punto de arrepentirse de su decisión, de desmoronarse en un mar de lágrimas mientras él intentaba llevar aquella situación dolorosa por el camino del raciocinio, con el ánimo de conservar una amistad que ella sabía que sería imposible de mantener. Mientras le hablaba, agarrándole de la mano, desde algún rincón de su cuerpo había sentido el impulso de besar aquellos labios y arrancarle la camisa para acariciar su torso firme una vez más. No tengo remedio, pensó poniéndose en pie para dirigirse a la ducha. Se llevó una mano a la frente. ¡Incluso le había

ofrecido quedarse en el piso de Castellón el tiempo que fuera necesario! Ella lo había rechazado sin dudar, claro. Compartir piso la hubiera llevado a mucho más que a abrir una puerta con la misma llave.

Ocupaba ahora la habitación reservada para el inspector Monfort en el Hotel Mindoro de Castellón de la Plana. Él había regresado urgentemente a Barcelona. Su madre estaba ingresada en el hospital y la cosa no parecía pintar nada bien.

En el hospital de Sant Pau de Barcelona, Bartolomé Monfort fumaba con gesto contenido junto a la garita del vigilante de seguridad.

—Perdone, pero aquí no se puede —advirtió el guardia, asomando la cabeza por la ventanilla con la vista fija en el cigarrillo recién encendido—. Puede hacerlo al otro lado de la calle —indicó.

Pero el inspector Monfort ya había aplastado el pitillo en la parte superior de una papelera, para encaminarse de nuevo hacia el interior del emblemático hospital, una de las joyas arquitectónicas de la ciudad y un magnífico ejemplo del modernismo catalán.

La madre de Monfort sufría una grave insuficiencia renal que llevaba de cabeza al acreditado doctor Senent. Un par de horas antes le había comentado que habría que esperar poco menos que un milagro para que saliera de la situación actual. Creía estar preparado para el desenlace. De hecho, hacía ya algún tiempo que se temía lo peor cada vez que veía el número de teléfono de la casa de sus padres reflejado en la pantalla de su móvil. Su padre se encontraba bien, pero su cabeza iba y venía cual barco a la deriva. En cambio, su madre siempre había estado delicada de salud. La asistenta lo telefoneó justo después de llamar a la ambulancia, su madre se acababa de desplomar en medio del salón del domicilio familiar.

El inspector había coincidido casualmente con el doctor Senent en unas jornadas sobre medicina forense, impartidas por

un amigo común. Más tarde, los tres se encontraron en la barra del bar del hotel en el que se alojaban.

Ahora la madre de Monfort estaba en la unidad de cuidados intensivos. Que el doctor Senent lo conociera no mejoraba su estado, pero le reconfortaba poder preguntar y que le repitiera, una y otra vez, lo que ya sabía de antemano.

Como todos los sábados, en el Mercado Central de Castellón de la Plana había una actividad frenética. Era un espectáculo de colores, olores, sabores y sonidos. Una sucesión de puestos alineados exhibían con orgullo sus preciados productos, compitiendo unos con otros en frescura y calidad. La sección de pescados y mariscos era, sin duda, la joya del mercado; el cercano puerto del Grao suministraba las mejores piezas para deleite de los clientes. El resto de secciones tampoco se quedaba a la zaga: frutas, verduras, carnes, embutidos, quesos, salazones, aceites... Los bares instalados a las puertas del mercado trabajaban a destajo.

Entre la maraña de clientes, curiosos y turistas, un hombre caminaba con paso firme y decidido hacia los aseos públicos. Ocultaba las manos en los bolsillos de su chaquetón negro. Tenía los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas. Caminaba deprisa. Entró en el lavabo para hombres, echó el cerrojo y se aseguró de que la puerta quedara bien cerrada. Sacó las manos de los bolsillos del chaquetón, llevaba guantes, pero estaban manchados de sangre. Se los quitó con cautela, buscó una bolsa de plástico que llevaba en el bolsillo y metió en ella los guantes manchados, la anudó con fuerza, y la introdujo de nuevo en el bolsillo del chaquetón. Apoyó las manos en la pila que tenía enfrente y se miró directamente en el espejo. Abrió el grifo y observó como el agua giraba junto al desagüe y luego desaparecía. Le hubiese gustado ser como el agua, girar y desaparecer, pero no podía, ahora ya no. Pulsó el botón del dispensador de jabón y se frotó las manos para desprenderse del olor de la sangre. A continuación se lavó la cara con fruición y se miró en el

espejo una vez más. De repente alguien llamó a la puerta. El hombre se apresuró a secarse las manos con papel higiénico. Abrió la puerta y salió deprisa, tropezando con un joven que llevaba un delantal de pescadero. El joven lo miró de arriba abajo y el hombre giró la cara para no ser visto. Caminaba rápido entre la muchedumbre de clientes que abarrotaba el mercado, buscó la salida más cercana y salió a la plaza. Entonces se detuvo un instante para tomar aire, como si en el interior del local no quedara oxígeno. Rozó con la punta de sus dedos la bolsa con los guantes manchados que ocultaba en el bolsillo. Levantó la solapa del cuello del chaquetón. Hacía frío. Enero era el mes en el que las temperaturas descendían de forma más acusada en toda la provincia. Un viento que pinchaba como pequeños alfileres campaba a sus anchas por la plaza Santa Clara. Se relajó a medida que se alejaba, pero no tanto como para no oír el grito desgarrador que provenía del interior del Mercado Central.

En el comedor del hospital, Monfort sostenía un plato con un cuarto de pollo asado y patatas fritas. Una fila de personas recogía los platos cocinados del bufé para depositarlos en las bandejas. Algunos tenían el gesto compungido de dolor, otros ni siquiera veían lo que se servían. El plato estaba caliente. Lo depositó en la bandeja junto a la servilleta de papel, los cubiertos y un pedazo de pan. Al pasar junto a las bebidas, miró de reojo las latas de cerveza y los botellines de vino, pero optó por una botella de agua. Pagó en la caja con un billete de veinte euros y buscó una mesa libre. Al fondo del comedor un brazo alzado reclamaba su atención: el doctor Senent. Se dirigió hasta allí y se sentó a su lado. La elección del doctor era más simple: bocadillo de tortilla de patatas y una cerveza sin alcohol. Monfort miró su plato y pensó que se había equivocado al elegir.

—¿Está bueno? —preguntó, señalando el plato del doctor.

—Aquí todo sabe igual —contestó Senent—. No sé qué le ponen, pero todo tiene el mismo sabor, lo mismo da que elijas una cosa que otra. Comida de supervivencia.

–Ya –repuso resignado.

–¿Cómo lo llevas? –preguntó el doctor, y le dio un mordisco al bocadillo del que asomaban dos generosos pedazos de tortilla.

–No lo sé –contestó, y se encogió de hombros–. No estoy acostumbrado a venir a estos sitios y que los pacientes sean de la familia. Normalmente son delincuentes que hay que interrogar de inmediato, sin esperar a que se repongan de sus heridas.

–Tu madre... –comenzó, cambiando totalmente el rumbo de la conversación.

–... se muere. –Monfort terminó la frase por él.

–Me temo que poco vamos a poder hacer. Creo que no tardaremos mucho en trasladarla a Cuidados Paliativos.

–¿Cuánto puede durar? –Recordó el bondadoso rostro de su madre y sintió un leve escalofrío.

–No estoy seguro. –El doctor ya había dado cuenta de medio bocadillo mientras que Monfort solo había comido un par de patatas fritas y un pellizco de la carne del pollo–. Dependerá de ella, de la resistencia que oponga a marcharse, de las ganas de vivir que le queden...

–Ese comentario no es muy científico –puntualizó.

–No, pero es lo que hay –apuntó el doctor poniéndose en pie–. ¿Quieres café?

–Si lo tomamos fuera sí –contestó, a la vez que dejaba los cubiertos en forma de cruz por encima del cuarto de pollo que apenas había probado.

–¿Fumas? –preguntó el doctor.

–Fumo –asintió el inspector casi con alivio–. Invito yo.

El piso en el que había vivido con su esposa estaba impoluto. Aunque él pasara la mayor parte del tiempo lejos de allí, una empresa de limpieza se encargaba de mantenerlo en perfecto estado de revista. Acarició con las yemas de los dedos la fotografía de su esposa que había en el mueble de la entrada.

Encendió todas las luces que encontró en su camino hacia el salón.

La vivienda estaba situada en la Rambla de Catalunya, cerca del edificio de la Diputación de Barcelona. En la placa de la puerta todavía se podían leer sus nombres: Violeta Fortuny y Bartolomé Monfort. Manolo, el portero, le entregó un fajo de cartas sujetas por una goma y lo saludó cordialmente como si se hubieran visto unas horas antes. Esa era para Monfort la mejor virtud del portero: no hacía preguntas incómodas. Dejó en la cocina una bolsa con alimentos que había comprado en el viejo colmado de la esquina de la calle Córcega. Queso parmesano, jamón cocido, pan y una botella de vino de Somontano. Retiró la sábana que cubría el sillón desgastado y lo acercó al ventanal para ver a los viandantes que paseaban por la parte central de la Rambla de Catalunya. Escogió un disco de entre la colección que ocupaba parte de una de las paredes junto a la chimenea francesa: *Abbey Road* de los Beatles. Lo acomodó con suavidad en el tocadiscos. La aguja empezó a deslizarse sobre los gastados surcos del vinilo. La primera canción de la cara A inundó de acordes el salón. *Come Together*. Fue hasta la cocina y después regresó al sillón con la botella de vino y una copa. Respiró profundamente.

Pronto, quizá demasiado pronto, su madre estaría con Violeta. No supo si debía envidiarla por ello.

Salió del ascensor al rellano de la escalera. El piso estaba en una calle tranquila del centro de Castellón. Introdujo la llave en la cerradura. Su pulso seguía siendo firme, miró sus manos y pensó que quizá hubiera sido normal que le temblaran. Pero no era así, todavía estaba en forma. Una vez dentro, envió un mensaje de texto a un número de su agenda de contactos del móvil. «Ya está», escribió, y a continuación pulsó el botón de enviar. Un minuto más tarde recibió la respuesta escrita: «OK. Nada más. Así de sencillo».

Sin quitarse el chaquetón fue a la cocina y se bebió un vaso de agua del grifo. Apoyó la espalda en la encimera y encendió

un cigarrillo. Satisfecho por el trabajo ejecutado, le dio una larga calada, y mientras retenía el humo en su interior intentaba calmarse y recobrar su ritmo habitual, escuchó un ruido proveniente de la terraza. Pensó que eran las palomas que normalmente llenaban el pequeño espacio de excrementos y plumas; lo ponían enfermo. No quería que los nervios le pasaran factura e intentó relajarse. Volvió a oír el aleteo de los animales. Aquello le irritaba enormemente. Abrió la puerta corredera con decisión, con la intención de espantarlas, y el aire frío le dio en la cara. Las palomas habían desaparecido. Observó asqueado la suciedad que provocaban.

Antes de darse la vuelta, oyó un ruido distinto, una pisada, un chasquido. Se giró y sintió un pinchazo agudo en el pecho, seguido de una sensación de quemazón. Se llevó la mano al lugar de donde provenía el dolor y notó cómo se le manchaba de sangre. Levantó la vista. Antes de que los ojos se le cerraran para siempre, pudo ver el rostro de quien empuñaba un arma con silenciador.

Le despertó el desagradable sonido del móvil. La música de los Beatles había dejado de sonar y la aguja del reproductor había vuelto a la posición de reposo. La lámpara del salón seguía encendida y las cortinas dejaban entrever las luces mortecinas del amanecer en la ciudad. Miró la hora en su reloj de pulsera: las siete y doce minutos. Se había quedado dormido en el sillón. Pulsó el botón verde del teléfono sin fijarse en quién llamaba. Temió lo peor, el rostro del doctor Senent se le hizo presente. Pero el que habló no fue él. Desde la primera palabra, reconoció la voz que se disculpaba por la hora intempestiva de la llamada.

—¿Cómo está tu madre? —Romerales, el jefe de la Policía de Castellón de la Plana, hablaba con tono lacónico.

—Mal. —Al contestar se dio cuenta de que sus palabras sonaban ásperas—. Sospecho que no me has llamado para preguntar por mi madre. De todos modos, te agradezco el interés.

El doctor Senent salió a su encuentro en mitad del pasillo. Monfort había podido ver a su madre unos instantes antes a través del cristal de la unidad de cuidados intensivos. Se estrecharon las manos con franqueza. Monfort había hablado con él por teléfono justo después de que el comisario Romerales colgara.

—No te preocupes, no puedes hacer nada aquí. Si hay algún cambio, te llamaré. Como te he dicho esta mañana, de momento voy a mantenerla en la uci. Haremos todo lo que esté en nuestras manos.

Miró a su alrededor. Estaba lleno de personal médico y de aparatos sofisticados que servían para mantener con vida a los enfermos. Sacrificio, esfuerzo, valor, tesón..., veía tantas cosas buenas que se le hacía un nudo en la garganta.

—¿Cómo te lo puedo agradecer? —preguntó con indecisión.

—Es nuestro trabajo —dijo el doctor al tiempo que alzaba ambas manos para quitarle importancia—. Cada uno tenemos el nuestro, ¿no? Si no fuera así, no te irías en estos momentos.

Monfort asintió con resignación, se sentía cansado, pero sabía que en cuanto saliera a la carretera y su mente empezara a trabajar, se olvidaría de casi todo y la vida volvería a empezar de la única manera que conocía en los últimos años.

—¿Puedo? —preguntó vacilante, señalando a su madre a través del cristal—. Ya sé que no es la hora.

—Claro, le hará bien. Conocerme te sirve de enchufe en este hospital. Acompáñame, tienes que entrar debidamente equipado, y recuerda que te escuchará.

Pasaban de las ocho de la tarde de aquel domingo, cuando aparcó el Volvo frente a la depauperada comisaría de Policía de Castellón de la Plana. Había conducido sin detenerse más que para repostar combustible y tomar un café, aguado y caro, en un área de servicio abarrotada de turistas asiáticos. La ronda de la Magdalena estaba completamente desierta. Sin apenas tráfico y sin gente, la ciudad parecía esperar con desidia la llegada de otro ajetreado lunes.

El comisario Romerales salió a su encuentro. Tras saludarse pasaron al interior del atestado despacho.

—¿Has tenido buen viaje? —preguntó el comisario, a la vez que quitaba los papeles apilados en una de las sillas frente a su mesa.

—Como siempre. La autopista es como un cordón umbilical entre estos dos lugares a los que vivo encadenado.

—Espero que tu madre esté mejor.

—Dicen que no le queda mucho.

—Paciencia —repuso el comisario. No sabía qué otra cosa podía decir.

—Cuéntame —lo animó para no dilatar más el momento de empezar.

—Se trata de un hombre de sesenta y tres años. Se llama, se llamaba, Pedro Casas. Se dedicaba a la importación de baratijas para venderlas en las tiendas de todo a cien. Estaba separado de su esposa desde hace algunos años. Tienen una hija que vive en Barcelona. Vivía solo en un piso de la calle Fernando el Católico, cerca del lugar donde se encontraba su empresa. Últimamente el negocio iba de capa caída, de los catorce trabajadores que llegó a tener en su día, no le quedaba ninguno. Es posible que estuviera tratando de jubilarse.

—¿Quién está trabajando en esto?

A Romerales le sobrevino algo parecido a un ataque de tos.

—La inspectora Ana Forcada no podrá estar con nosotros. Mañana mismo se marcha a Madrid para incorporarse en un caso de proxenetas lituanos. Los agentes Terreros y García, y también la agente Silvia Redó, trabajarán a tus órdenes.

—¿Y Corral? —preguntó Monfort, mirando hacia otro lado.

—El subinspector Corral ha pedido el traslado. No sé si se le concederán. De momento prefiero que no intervenga. Hemos tenido más desavenencias desde la última vez.

—¿Qué le hicieron exactamente a la víctima? —resopló Monfort volviendo al asunto.

—Le cortaron el cuello con un cuchillo detrás de uno de los puestos del Mercado Central.

—¿Tenéis el cuchillo?

—Sí. El que cometió el asesinato lo robó en una carnicería del mercado. El propietario está muy asustado. Dice que en un momento dado se dio cuenta de que le faltaba uno de los cuchillos, pero no hizo nada porque tenía muchos clientes esperando para ser atendidos. Pensó que se le habría caído al cubo de la basura o algo así.

—¿El cuchillo estaba junto al cadáver?

—Sí. Aunque lo más curioso es que lo tenía en una mano.

—Pero no fue un suicidio —afirmó Monfort.

—No es nada probable. El doctor Morata se personó en el lugar de los hechos y dijo que era del todo improbable que él mismo se hubiera infringido semejante herida. Es imposible.

El médico forense y el comisario Romerales eran amigos. El doctor Morata era un erudito en su trabajo. Monfort lo conocía de otros casos y siempre le había extrañado que estuviera trabajando en una ciudad como Castellón. En ocasiones, al inspector Monfort se le olvidaba que para otras personas había vida más allá de su ingrato trabajo. Con toda probabilidad, el doctor Morata se sentía feliz en aquella pequeña ciudad, con su familia y, precisamente por eso, había descartado trabajar en un lugar más acorde con sus conocimientos.

—¿Quién lo encontró?

—La chica de la panadería. Justo detrás está el cuarto de la limpieza. Fue a tirar un par de cajas y entonces lo vio junto a un charco de sangre. Armó un escándalo, empezó a gritar como si se hubiera vuelto loca. La muchedumbre que el sábado por la mañana abarrota el mercado salió de estampida del edificio. Algunas personas mayores cayeron al suelo empujadas por los histéricos que corrían despavoridos. Imagínate el caos. Todo el mundo gritando y saliendo de allí como alma que lleva el diablo.

—O sea —apostilló Monfort—, que cualquier posibilidad de atrapar al que lo hubiera hecho se esfumó en un santiamén.

—Así es —asintió Romerales con pesar—. Tardamos apenas cinco minutos, pero cuando llegamos el mercado ya estaba cerrado y algunos periodistas y muchos curiosos se agolpaban en

una de las puertas de entrada. Los encargados del centro habían cerrado todas las puertas y despejado a los clientes.

—Su exmujer —continuó el comisario— vive en Almassora, una población que está a tan solo tres kilómetros de aquí. Terremos y García fueron a contarle lo sucedido. Se vino abajo. Los agentes le tomaron declaración, pero la mujer estaba en estado de *shock*, no daba crédito a lo que había pasado. Se ha trasladado temporalmente a casa de su hermana, que vive cerca de su domicilio, para no estar sola.

—¿Y la hija? —preguntó Monfort.

—Debe de estar en camino, si es que no ha llegado ya.

Marcó el número de Silvia Redó. Tras saber que había roto su relación con Jaume Ribes, él le había cedido su habitación reservada en el Hotel Mindoro. Pensaba que pasaría una temporada en Barcelona más larga que corta. Pero las circunstancias habían cambiado. La llamó con la intención de que no se preocupara, que siguiera allí, ya pediría otra habitación para él. Mientras se dirigía al hotel, la llamó, pero no la pudo localizar.

En la recepción lo saludaron tan amablemente como siempre. A veces dudaba de si realmente se alegraban de verlo o era una forma grata y educada de recibir a los huéspedes.

—Hay una nota para usted, señor Monfort —dijo la recepcionista, que le tendió un pequeño sobre cerrado.

Abrió el sobre y leyó las cuatro líneas escritas. Sonrió y volvió a guardar la nota, no sin antes percibir que olía a un perfume que conocía bien.

—Creo que vuelvo a tener disponible mi habitación —dijo enarbolando el sobre—. ¿Verdad?

—Así es, señor. Aquí tiene la llave. ¿Desea que le subamos el equipaje?

—Debes de verme muy mayor —bromeó y se dirigió al ascensor.

Silvia había aceptado la invitación de la inspectora Forcada de alojarse en su flamante piso de la avenida del Mar. Se lo explicaba a Monfort en la nota porque sabía que regresaría a Castellón nada más conocer los hechos del Mercado Central. Le dio las gracias por dejarle ocupar su habitación y le escribió algún comentario gracioso sobre lo que se rumoreaba entre el personal del hotel acerca de aquel trasiego de alcoba.

Ana y Silvia charlaban sentadas en el sofá del ático desde el que, a lo lejos, se veía el mar, como una línea azul que pugnaba por ganar el horizonte. Bebían gin tonic y de fondo se oía música suave. Silvia le relató a su compañera el desenlace de su relación con el doctor Jaime Ribes.

—Es guapo —observó Ana, llevándose la copa a los labios.

—Sí, demasiado. Cada vez que hablo con él me tiraría a sus brazos de nuevo, como una colegiala, pero no puede ser. No estoy convencida, no puedo engañarlo. No estoy tan enamorada, o eso creo. Yo que sé, estoy hecha un lío, como siempre.

Silvia no se estaba quieta, se atusaba el pelo, cambiaba de posición en el sofá una y otra vez, cruzaba las piernas, se sentaba sobre ellas, se mordía las uñas y vuelta a empezar.

—Lo que tienes es una empanada mental —soltó Ana con guasa para quitarle hierro al asunto.

—Lo sé, lo sé. ¿Te crees que no lo sé? —Se levantó del sofá y miró el azul del mar a través de la cristalera que daba a una gran terraza—. Con los hombres siempre me pasa igual: me enamoro perdidamente y luego, al poco tiempo, aparecen las dudas, los reproches conmigo misma, la inseguridad. Las tonterías.

—Pues a mí me parece que estás desaprovechando un tiempo maravilloso que luego igual no recuperas. —Ana levantó las manos como si no se hiciera responsable de sus propias palabras.

—Gracias, eso, tú dame ánimos, ya estoy bastante hecha polvo —se quejó Silvia volviendo de nuevo al sofá, para dejarse caer otra vez.

Ana dio una palmada y se puso en pie de un brinco.

—¡Bueno! Yo no sé lo que pasará contigo y con tus hombres, pero esta noche no pienso quedarme aquí para vestir santos.

Mañana me marcho y me espera mucho trabajo con el caso de los lituanos. Así que ya te estás poniendo guapa que nos vamos a cenar a un lugar que conozco en el que nos tratarán como a dos princesas.

—Si hay hombres, no voy —replicó Silvia frunciendo el ceño.

—¡Espabila que la vida son cuatro días! —sentenció su compañera, y le tiró a la cabeza uno de los mullidos cojines del sofá.



*Luis tenía catorce años cuando sucedieron los hechos que marcarían su destino.*

*En la escuela se reían de él, de sus proporciones deformes, de sus largos brazos, de sus piernas torpes y larguiruchas y de su cabezota afechinada. Se veía distinto a los otros niños, pero cuando preguntaba a sus padres por aquello que le hacía diferente, no obtenía ninguna respuesta. Pensó que lo normal hubiera sido que el profesor le hubiera defendido de los que se mofaban de sus defectos, pero él también se reía. Lo llamaba lerdo, corto, anormal; decía que estaba a medio hacer, y todos reían sus gracias. Le lanzaba pedazos de tiza desde la pizarra hasta el pupitre que ocupaba en la última fila. Nadie quería sentarse a su lado.*

*La niña de las trenzas que tanto le gustaba se llamaba Carmen, pero ella ni siquiera había reparado en él. La miraba embobado, le gustaba mucho. Por supuesto, no se atrevía a decirle nada. La seguía hasta su casa al salir de clase sin que ella se diera cuenta. La espiaba desde el seto que bordeaba el jardín que había frente a su casa. Se pasaba horas detrás del matorral, imaginaba que lo esperaba en su habitación y que, después de cenar, se quitaba la ropa para meterse en la cama. Por la noche, en su casa, mojaba las sábanas pensando en ella. Le gustaba mucho. Llevaba siempre el pelo recogido en dos trenzas peinadas con destreza. El uniforme del colegio le quedaba muy bien. La falda de cuadritos le cubría los muslos y dejaba a la vista sus rodillas torneadas. En clase solía levantar la mano cuando el profesor preguntaba. Respondía siempre correctamente, y él la*

felicitava por estar tan atenta. A continuación, lo ponía a él como ejemplo de los que no aprendían nada en clase, porque, según decía, le faltaba un hervor. Intentaba estudiar, pero no le entraba nada en la cabeza. O al menos eso creía de tanto oírlo en boca del profesor...

En aquel curso, a Carmen le crecieron los pechos de un día para otro y el cambio en su físico fue más que notable. Los chicos empezaron a rodearla a la hora del recreo. Luis nunca pudo oír lo que le decían porque nunca estuvo lo suficientemente cerca de ella, pero veía cómo se ruborizaba y sonreía con picardía. Empezó a subirse el dobladillo de la falda para que fuera más corta, a desabrocharse un nuevo botón de la camisa que dejaba entrever un poco más la piel rosada de su escote. Un día, llegó a clase sin sus habituales trenzas. Tenía el pelo de color caoba, lo llevaba suelto y la melena al viento causó gran revuelo en la clase. Los chicos discutían por ella, algunas amigas se distanciaron. Ella llevaba en el rostro la marca del triunfo, la de la que se sabe admirada por los demás. Luis la vio una tarde fumando a hurtadillas en la puerta del gimnasio con uno de los chicos mayores. Cuando ella lo vio, apagó el cigarrillo con premura y se marchó deprisa.

A la mañana siguiente, cuando Carmen colgó su abrigo en los percheros que había en la pared del fondo de la clase, justo detrás de la última fila donde él se sentaba, se armó de valor, apartó una silla vacía y le dijo que, si quería, podía sentarse a su lado. Ella frunció aquellos labios que tanto había soñado en besar algún día. Arrugó la nariz con un gesto delicado, se atusó el pelo con una mano y le dijo en voz alta, para que pudieran oírla los demás: «Apesta a sudor y a meados».

Como si le hubieran pinchado con un tenedor en el culo, se levantó de un salto, aturdido, nervioso, compungido, morado de rabia y de dolor. Tiró al suelo el pupitre. Recorrió el pasillo del aula a grandes zancadas mientras veía los rostros de sus compañeros desencajados por las risotadas. Se volvió. La vio agarrarse el cuerpo para no partirse de risa. Todos se mofaron a su paso, pero él no los oía, no podía oír nada de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Sus pies parecían no tocar el suelo, volaba a través del aula. Cuando llegó a la puerta, tropezó con el profesor. Llevaba puestas sus gafas redondas apoyadas en la parte baja de la nariz y lo miró por encima de los

*cristales con una mueca de asco que se le clavó en lo más profundo de su ser. El profesor dijo algo que él no atinó a entender. Los compañeros se retorcían de risa, una risa muda que sus oídos no llegaban a alcanzar. Se dio la vuelta de nuevo. Carmen ya no reía, había palidecido, su rostro tenía el mismo color que las encaladas paredes del aula. Le pareció que negaba con la cabeza, como en un gesto de desesperación. Empezó a caminar hacia él, negando con la cabeza y gesticulando sin articular palabra alguna. Todos dejaron de reír de repente. Volvió de nuevo la vista a la puerta. El profesor seguía allí, mirándolo de arriba abajo, con desprecio, con descaro. Y entonces, en una centésima de segundo, oyó el grito ahogado de Carmen. Pero ya era demasiado tarde. El puñetazo dio de pleno en el mentón del profesor y lo alzó dos palmos del suelo. Como a cámara lenta, la barbilla se batió oscilante en todos los sentidos, se le quedaron los ojos en blanco, se le abultó la nariz y empezó a sangrar. Cuando las piernas se dejaron vencer doblándose por las rodillas como un objeto sin vida, le dio un nuevo golpe en el estómago que lo convirtió en una especie de muñeco de trapo y cayó contra las baldosas del suelo. Fue el último día que Luis pisó la escuela, el último día que vio a sus compañeros reírse de él. El día en que ella empezó a tenerle respeto, aunque el respeto se confundiera en demasiadas ocasiones con el miedo.*

Silvia y Monfort se reencontraron a las ocho y media de la mañana en uno de los despachos de la comisaría. Monfort se alegró de verla. Ella también, sin embargo, no tenía ganas de hablar. Estaba sentada con los codos apoyados en la mesa.

—¿Qué te pasa?

—Anoche salimos —contestó Silvia con la voz pastosa.

—¿Salimos?

—Ana Forcada y yo.

—Hay formas y formas de salir —apuntó Monfort, prolongando el labio inferior hacia delante.

Silvia hizo un gesto con la mano para advertirle de que ya era suficiente. Monfort optó por dejarla en paz, conocía muy bien aquel estado, pero la paz duró poco. El comisario Rome-  
rales entró en el despacho como un huracán.

—¡Buenos días! ¡Pongámonos a trabajar! —ordenó mientras dejaba una abultada carpeta encima de la mesa.

De la carpeta fue sacando una a una las fotografías del cadáver hallado en el Mercado Central. Con cuidado y en el orden que llevaba anotado en una libreta, las fue fijando en el panel de corcho de una de las paredes del despacho que alguien había vaciado previamente.

—Pedro Casas, empresario —el comisario leía sus notas a toda prisa—, separado, con una hija...

Monfort resopló, interrumpiéndolo.

—Todo eso ya lo sabemos —dijo el inspector.

Romerales le lanzó una mirada que no auguraba nada bueno.

—¿Era rico? —preguntó Monfort y tomó asiento—. ¿Qué se ha encontrado en su domicilio?

—Los agentes Terreros y García se han puesto ya con el tema de sus cuentas bancarias, movimientos de tarjetas, transacciones de la empresa y esas cosas.

—¿Cuándo tendremos resultados? —preguntó Monfort.

—Espero que al final de esta misma mañana nos pasen el informe del banco y de la empresa. ¿Y a ti qué te pasa? —inquirió el jefe mirando a la agente—. ¿No preguntas nada?

—No le das tiempo —contestó Monfort—. Te apañas bien solo.

Silvia estaba mareada. Prefería estar callada y esperar a ver por dónde iban los tiros.

—Bueno, ya veo que no está el horno para bollos —atajó Romerales—. Si os parece bien, voy a repartir el trabajo.

—Reparte, reparte, a ver a quién le toca la mejor parte —dijo Monfort en tono gracioso, y miró de reojo a Silvia, que los seguía con semblante huraño. Romerales obvió el comentario.

—Terreros y García se encargarán del tema de los bancos. Ayer interrogaron ya a algunos vecinos de la víctima. ¡Silvia! —exclamó para captar la atención de la agente—. Me gustaría que investigaras la actividad de la empresa y a sus antiguos trabajadores. Sabemos que actualmente apenas funcionaba, pero no mucho tiempo atrás había sido un buen negocio con una plantilla considerable.

—¿No habría que registrar a fondo su domicilio? —preguntó Silvia volviendo a la realidad.

—Hazlo también —contestó Romerales un poco importunado.

—¿Y yo, jefe? —dijo Monfort levantando el brazo como si estuviera en la escuela.

—Déjate de cachondeo, no me jodas... Ve a ver a su exmujer, habla con su hija, interroga a la familia. No estaría de más que fueras al Mercado Central. Tú no estuviste allí, quizá alguien

vio algo y se olvidó de decírnoslo. ¿Os parece bien? —concluyó Romerales.

—¿Tenemos alguna otra opción? —preguntó Monfort.

—¡No! —contestó secamente Romerales.

—¡Dios, qué genio! —suspiró Silvia.

—Nos vemos aquí otra vez a las ocho de la tarde. Espero que saquemos algo en claro y podamos dar pronto carpetazo a este asunto.

—¿Nos invitarás a cenar? —preguntó Monfort mirando a su compañera con gesto de complicidad.

Por toda respuesta, Romerales se volvió de espaldas empuñando el teléfono y marcó un número de memoria.

—¡Terroros! —dijo mientras los dos policías abandonaban por fin el despacho.

Ya en la calle, Monfort llamó al doctor Senent.

—Dame alguna buena noticia —dijo mientras encendía un cigarrillo.

El Mercado Central era un lugar muy concurrido. Monfort se dio cuenta enseguida de que en todos los puestos se hablaba de lo que había sucedido. Era lo más lógico. En los pasillos había algunos corrillos de gente que hablaba del tema en voz baja. Dos policías pasaron junto a él. Se había reforzado la vigilancia en el interior del mercado y en las calles aledañas. Dos individuos de una televisión local entrevistaban a un hombre alto y delgado que despachaba frutas y verduras. Uno grababa con una pesada cámara al hombro, el otro esgrimía un micrófono poniendo cara de circunstancias. No era para menos. Una señora se desesperaba al ver que el tendero atendía a los de la televisión y no a ella.

En cajas pulcramente ordenadas, se exhibían frutas y verduras de la mejor calidad. A Monfort le encantaba el paisaje gastronómico de los mercados aunque, a decir verdad, los precios tampoco eran demasiado económicos. En Barcelona, en lugar de ir al archiconocido mercado de La Boquería, Monfort acudía

de vez en cuando al mercado de Sant Antoni. Aquel 2007 se celebraba el 125 aniversario y el inspector estaba seguro de que el barrio lo celebraría por todo lo alto.

Evidentemente, el de Castellón era más pequeño, pero los puestos de pescados y mariscos ocupaban casi una mitad del recinto. Caminó despacio, deleitándose con la imagen de los bogavantes, doradas, merluzas y langostas. Tampoco quitaba ojo a todos aquellos tenderos, ojerosos la mayoría, intentando adivinar cuál de ellos podría aportar algún dato interesante. Le hubiera gustado interrogarlos a todos. No lo descartó. Salió del recinto por una puerta lateral que daba a las dos plazas que rodeaban el edificio, la plaza Mayor y la plaza de Santa Clara. Allí, adosado a las paredes del propio mercado, había un quiosco y un pequeño bar, apenas una barra de tres metros en la que un hombre con bigote preparaba bocadillos con una mezcla hecha a base de bacalao desmigado, cebolla picada, pimentón rojo y aceite de oliva. Rellenaba con destreza los pedazos de pan crujiente y los servía con cuatro aceitunas negras en un plato. Aquella combinación de ingredientes hacía de aquel sencillo bocado todo un arte de la gastronomía popular de la ciudad.

—Póngame uno de esos, por favor —pidió al hombre, señalando el que acababa de preparar.

—*Un d'abaetxo i pebre roig!* —cantó el hombre mientras le tendía un plato con una punta de pan de un palmo con aquella delicia en su interior.

—Gracias —dijo Monfort al alcanzar el plato. Y añadió—: Y un poco de vino también, si es tan amable.

El hombre vertió cuatro dedos de vino tinto en un vaso de caña y se lo acercó.

—Parece que la gente no tiene miedo después de lo que pasó el sábado —se aventuró Monfort.

—¿Y qué tenemos que hacer? —preguntó el hombre con un marcado acento valenciano—. No nos vamos a quedar en casa. Tenemos que trabajar. Si no abrimos, no viene nadie, y si no viene nadie, pues ya sabe, a dos velas —concluyó a la vez que se pasaba los dedos índice y corazón por los ojos.

—Está claro —asintió Monfort con la boca llena.

—Nadie vio nada —habló de nuevo el del bar—. De repente, todo el mundo se puso a gritar. La gente salía corriendo del interior del mercado muy asustada. Yo pensé que habían puesto una bomba, o que se había producido un escape de gas, no sé, algo así. Dicen algunos tenderos que hubo gente que se fue corriendo sin pagar lo que estaban comprado. Otros cogieron lo que pudieron al salir —suspiró de forma prolongada y su bigote se agitó ligeramente.

»En fin, gente *roín* ha habido siempre, pero lo cierto es que la mayoría salieron como alma que lleva el diablo. Los periódicos hablan y hablan, igual que la radio y la tele, pero aquí nadie vio nada salvo la chica de la panadería que se encontró el muerto. Estaba degollado, detrás del puesto, junto al cuarto de los cubos de la basura. Lo mataron con un cuchillo de una de las carnicerías.

La barra se empezaba a llenar y el camarero se volvió de espaldas para lavarse las manos. Monfort esperó a que sirviera los bocadillos y las bebidas que le pedían y pidió la cuenta.

—¿Café? —preguntó cuando le devolvía el cambio.

—No, gracias. —Monfort no iba a echar a perder el magnífico sabor del bacalao con el café, y lo saludó con la cabeza antes de guardarse la cajetilla de cigarrillos en el bolsillo.

El lugar de los hechos todavía estaba sellado con cinta de balizamiento policial, pero allí no quedaba nada que valiera la pena conservar. Los agentes ya habían escudriñado a fondo cualquier cosa que pudiera ser importante. Había dos grandes cubos de color negro, un armario metálico con las puertas abiertas en el que había varias escobas y un carro de los que utilizan los barrenderos, con dos compartimentos para poner los cubos. Miró la pequeña libreta en la que llevaba anotado el nombre de la carnicería de la que el asesino supuestamente robó el cuchillo.

Un hombre con aspecto de estar bastante nervioso salió de la parte posterior del puesto, ataviado con un largo delantal blanco. Tras presentarse y mostrar su placa, Monfort fue directo al grano.

—¿Cómo es posible que alguien robe un cuchillo de carnicero así sin más?

—Sus compañeros ya me hicieron mil preguntas —contestó el carnicero de forma tensa.

—Pero ahora soy yo quien pregunta, no mis compañeros —dijo Monfort al tiempo que daba un paso hacia delante—. No tengo ganas de perder el tiempo. Podemos hablar aquí o en la comisaría, lo que usted prefiera.

—No tengo ni la más remota idea de cómo pudo ocurrir —contestó el hombre. Y al rascarse la frente, se le quedó la marca de las uñas en su piel rosada. Tendría apenas cuarenta años, estaba en forma, no era demasiado alto y le quedaba poco pelo que peinar—. No dejo de darle vueltas. Es prácticamente imposible que te quiten un cuchillo de esos sin darte cuenta.

—Pero está claro que alguien lo hizo, por difícil que pueda parecer —puntualizó Monfort.

—Así es —contestó el otro mirándose las zapatillas de deporte.

—¿Qué hizo esa mañana?

—Despachar todo el tiempo. El sábado es cuando viene más gente al mercado y estamos muy liados, hay que aprovechar.

—¿Él lo puede corroborar? —preguntó Monfort señalando a un hombre mayor que atendía a una cliente.

—Por supuesto —contestó el carnicero mostrando una pizca de alivio en su rostro.

—¿No paró ni un momento de trabajar? ¿Ni un solo momento? Piense.

El hombre soltó un bufido y se frotó las manos. Las tenía húmedas de sudor.

—Fui al bar a buscar unos bocadillos para mi padre y para mí, a eso de las nueve de la mañana, como todos los días. Cuando tenemos mucho trabajo comemos aquí mismo, en el puesto, entre cliente y cliente.

—¿Es su padre? —preguntó Monfort, indicándole con el mentón al hombre que cortaba con destreza unos estupendos chuletones de ternera.

—Sí. —Pareció titubear una décima de segundo.

—¿De quién es el negocio?

—Mío. —Una sombra extraña veló el rostro del carnicero.

—Pues su padre tiene muy buena maña cortando la carne.

—Sí, claro.

—¿Antes era suya, la carnicería?

—¿De quién?

—De su padre, hombre, de su padre, le pregunto si el puesto era antes de su padre —se impacientó Monfort.

—Esto..., sí, antes era suyo, me cedió la licencia cuando...

—Tranquilo —lo interrumpió Monfort—, no se preocupe, no le voy a denunciar porque su padre trabaje estando jubilado, pero más le vale que lo que ha contando sobre el robo del cuchillo sea verdad o no me quedará más remedio que dar parte de esta *pequeña* irregularidad.

El carnicero puso cara de susto, abrió los ojos, se frotó la boca con una mano y juró que todo lo que había contado era completamente cierto.

—Más le vale —sentenció—. No sería extraño que alguien en la comisaría pensara que lo del robo del cuchillo es un invento.

El carnicero palideció. Su piel, de por sí pálida, se tornó blanca como la cal, y un ligero temblor apareció de repente en su labio inferior.

Monfort le tendió una tarjeta con su número de teléfono y lo invitó a que lo llamara si recordaba cualquier otra cosa por banal que pudiera parecerle. Se despidió también del padre del carnicero, pensando en los deliciosos chuletones.

En la panadería donde trabajaba la chica que halló el cadáver, un joven atendía a un grupo de señoras que, más que estar allí para comprar, preguntaban. Esperó paciente a que el joven se deshiciera de ellas.

—Solo quieren saber —dijo el chico cuando la última de aquellas mujeres se había ido—. ¿Qué le pongo?

Aunque le hubiera encantado probar alguna variedad de las típicas cocas de Castellón que se exhibían en el mostrador, Monfort no iba a comprar nada, por lo que le mostró la acreditación y se presentó.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a continuación.

—Raúl Ortells —contestó.

—¿Dónde está la chica que encontró el cadáver?

—En casa. Es mi hermana, pero ya habló con la Policía el mismo sábado. Ella no vio nada más que lo que ya dijo. El hombre estaba en el suelo —continuó—, con un corte en el cuello y cubierto de sangre.

—Lo sé, tranquilo, no te preocupes. ¿Quién trabaja aquí normalmente?

—Ella y mi madre, pero el sábado, en aquel preciso momento, mi madre había ido a llevar pan a un bar de la plaza.

—Entiendo. Entonces, tu hermana estaba sola.

—Así es.

—¿Y dónde estabas tú?

—Con mi padre, haciendo pan, que es donde suelo estar.

No tendría los treinta años todavía. Salió del mostrador y se bajó de la tarima que lo alzaba casi dos palmos del suelo. No era alto, lucía bastantes kilos de más y su cara de bonachón estaba marcada por los granos.

—Mi hermana está jodida, ¿sabe? Esto va a ser un palo grande para ella. Es un poco aprensiva ya de por sí. Le ha afectado bastante este rollo. Veremos cómo lo supera.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Monfort.

—Dieciocho. Es la pequeña.

—¿Y tú?

—Veinte.

—¿El negocio es familiar?

—Sí. Mi padre es panadero de toda la vida. Es de un pueblo muy pequeño cerca de Morella. Tuvo una enfermedad que le afectó a los pulmones y los médicos le dijeron que los inviernos eran demasiados duros para él allí arriba. Así que nos trasladamos.

A mi hermana y a mí nos vino bien porque preferíamos vivir en la ciudad. A mi madre le costó dejar el pueblo.

—Estarán contentos vuestros padres. Los dos trabajando en el negocio familiar —dijo Monfort, dando por sentado que el joven era como un libro abierto.

—Trabajamos muchas horas, de noche y de día, pero no está mal, no nos podemos quejar. Hacemos el pan en un horno pequeño que compraron mis padres cuatro calles más allá. —Señaló hacia un punto inexacto—. Era de una panadería que cerró. Tenemos este puesto en el mercado y servimos a unos cuantos bares y restaurantes del centro. Vivimos de esto los cuatro, que ya es mucho.

—Me gustaría hablar con tu hermana.

—No sé, ya le he dicho que está mal. Espere un momento —dijo el joven, a la vez que miraba con asombro el pasillo del mercado—. Mire, va a tener suerte, por ahí viene.

Era una chica muy delgada, embutida en unos estrechos pantalones de cuero negro y botas militares. Llevaba una camiseta y una pesada chaqueta de cuero también de color negro. Era extremadamente pálida; llevaba una gruesa línea de rímel en los ojos, y los labios pintados de negro. Lucía una ristra de pendientes en cada oreja y un *piercing* brillante en una aleta de la nariz.

Su hermano dio varios pasos hacia la chica antes de que esta llegara al puesto de pan.

—Judith, ¿qué haces aquí? ¿No te han dicho que te quedes en casa?

—Paso, no puedo más, estoy agobiada.

La joven parecía el contrapunto de su hermano. Físicamente eran muy diferentes. Si se quería encontrar, tenían un aire parecido en el rostro, pero a simple vista nadie hubiera dicho que eran hermanos. Hablaban de forma muy distinta y el carácter de ella distaba mucho del de él.

—Este es el inspector Monfort —el hermano inició la presentación—. Ella es mi hermana, Judith.

Monfort tendió la mano y la joven dudó varios segundos en secundarle.

—A mí hubo una temporada que me gustaban los Cure y grupos por el estilo, lo digo por la estética que llevas, aunque yo ya soy un carroza. Imagino que desde entonces han salido cientos de grupos de esa onda.

Judith lo miró con cara de pocos amigos.

—Me gustaría hablar contigo —continuó Monfort—. Sí, ya sé que el sábado te debieron de freír a preguntas y que debes de estar hasta las narices.

—Pues entonces ya está todo dicho —intentó concluir la joven.

Dos mujeres se acercaron al mostrador y antes de pedir al hermano de Judith, miraron de arriba abajo a la joven y cuchichearon un par de frases que los demás no pudieron oír.

—No te molestaré mucho —insistió Monfort—. Solo un café y cuatro preguntas.

—Vamos —dijo la chica ante la atenta mirada de su hermano que los vio desaparecer entre la clientela que deambulaba por el mercado.

—A veces salgo con un chico que trabaja en una pescadería de aquí, del mercado.

Judith había rechazado el café que Monfort le había ofrecido en la terraza de una cafetería. Sin embargo, aceptó fumar un cigarrillo del paquete que el inspector había dejado a posta sobre la mesa.

Monfort no dijo nada, dejó que ella siguiera hablando. Estaba claro que quería decir algo, si no, a santo de qué le iba a contar aquello de que tenía novio.

—Se llama Álex, no es nada serio, tampoco es un rollo de aquí te pillo y aquí te mato, entiéndame, de momento estamos bien así. Vamos cada uno a nuestra bola.

La mirada de Judith se perdió en el escaparate de ZARA, pero no miraba los vestiditos. Monfort esperó pacientemente.

—Él vio a un hombre —dijo por fin—. Tropezó con un tipo en la puerta de los aseos del mercado. No le moló nada la pinta que tenía.

—¿Por qué no mencionaste nada a la Policía? ¿Por qué no lo contó él?

Judith se encogió de hombros y jugueteó con el *piercing* de la nariz, dándole vueltas con las yemas de sus dedos.

—Dice que tenemos que pasar de todo, que no tiene importancia, que debió de ser una casualidad. Cree que si dice algo, lo van a machacar a preguntas.

—Pero a ti no te lo parece, ¿verdad? —preguntó Monfort al tiempo que memorizaba el nombre del novio de Judith.

Ella se limitó a bajar la vista y mirarse las botas.

—¿Te ha dicho que no digas nada?

Judith se levantó de la silla como accionada por un resorte imaginario.

—A mí nadie me dice lo que tengo que hacer.

Monfort no quiso salir corriendo en busca del novio, o lo que fuera de Judith. Cabía la posibilidad de que ella se lo dijera. No obstante, se dio un paseo entre las exclusivas pescaderías del local. Creyó reconocerlo enseguida. Un chaval vivaracho, con el pelo peinado en una cresta engominada y un tatuaje en el brazo. Delgado y con los ojos perfilados con rímel negro. No estaba seguro de lo que pensarían sus padres de aquel aspecto, pero él no era nadie para juzgar la estética de los jóvenes. Lo observó de lejos durante un buen rato. En menos de media hora, Álex visitó el baño en dos ocasiones, y cuando salía lo hacía de manera muy distinta a como entraba. Monfort salió a la calle a fumar, harto del olor a pescado. Llamó al doctor Sement, pero tenía el teléfono desconectado. No creía probable que su amigo contestara a las llamadas mientras estaba operando. Debía tener paciencia. Decidió que hablaría con el novio de Judith al final de la mañana, cuando los clientes ya empezaran a escasear en el mercado.

Caminó sin rumbo fijo por las calles del centro. Entró en una tienda de discos de las que ya quedaban pocas. Discos de vinilo de todas las épocas, CD, álbumes especiales, recopilaciones, rarezas discográficas. Reconoció la canción que sonaba en el interior. Elvis Costello: *She*. Le recordaba tiempos mejores.

Salió de la tienda embriagado por el sonido del británico, no sin antes levantar el pulgar al encargado de la tienda para mostrarle su aprobación.

Silvia fue a ver al que años atrás fuera el encargado de la empresa de Pedro Casas. Aparcó en la zona azul. Buscó monedas en el monedero, pero no llevaba ninguna. Optó por poner el distintivo de la Policía, de algo tenía que servir. Justo antes había llamado a los agentes Terreros y García, que estaban recopilando información sobre las cuentas bancarias de la víctima. El director de la sucursal de un banco de la avenida Rey don Jaime les había dicho que quizá Manuel Solís podría darles información sobre Casas. Localizar el domicilio fue sencillo.

El portal de la finca de pisos de la calle San Roque estaba abierto. Subió hasta la cuarta planta en un desconchado ascensor. Llamó al timbre y le abrió la puerta un hombre mayor. La agente se presentó y le indicó que no ocurría nada grave, que únicamente necesitaba recopilar cierta información. Manuel Solís parecía encantado, se comportaba como si le estuviera pidiendo una entrevista para la televisión. La hizo pasar al salón y la invitó a tomar asiento. Hablaron un poco para romper el hielo. Estaba jubilado, le dijo. Por su aspecto, Silvia ya lo había imaginado. Su esposa había fallecido mucho tiempo atrás sin que llegaran a tener descendencia, explicó el hombre.

El comedor estaba repleto de recuerdos y fotografías de otras épocas que, a juzgar por las imágenes, fueron más felices. Silvia se fijó en los libros y las revistas que ocupaban la estantería. Un televisor, pesado y voluminoso, presidía la sala. El sofá tenía mantelitos bordados a mano en los reposabrazos, vestigios de su esposa, con toda seguridad. Le ofreció café. Silvia hubiera preferido un vaso de agua y una aspirina, pero se abstuvo de pedirlo. Le dio las gracias de todos modos y declinó la invitación.

—¿A qué se debe la visita? —preguntó él.

—¿Sabe algo de Pedro Casas?

—No —contestó Manuel Solís intentando esbozar una sonrisilla interesante—. Hace mucho tiempo que no sé nada. Trabajé con él cuando las cosas iban bien en este país, pero de eso hace mucho tiempo ya—. Lucía una dentadura cuidada, quizá fuera postiza.

—El sábado lo encontraron muerto en el Mercado Central.

—¡Dios mío! —El hombre dio tal brinco que se puso de pie.

—No se altere —le advirtió para calmarlo—. Siéntese, por favor.

—¿Es el que mataron en el mercado? Los periódicos no han dado a conocer su nombre. —Volvió a sentarse mientras señalaba un periódico que había encima de la mesita junto al televisor.

—Así es, y le ruego que no diga nada al respecto. De momento preferimos que no trasciendan los detalles para no alertar al asesino. ¿Lo ha entendido? —dijo mirándolo a los ojos.

—Sí, sí, claro —contestó un tanto azorado.

—Pues eso —convino Silvia—. Ahora, y como nos consta que usted trabajó en su empresa, me gustaría que me escuchara con atención y contestara a mis preguntas sin dejarse nada de nada, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, aunque de eso hace ya mucho tiempo... —contestó.

Silvia dejó escapar un suspiro. Dudó si el hombre se había percatado de ello, pero en el fondo le daba igual. Manuel Solís estaba más dispuesto a oírse a sí mismo que otra cosa. En aquella soledad que le rodeaba, debió de sentirse protagonista por una vez.

El agente Terreros estaba hasta las narices de escuchar las explicaciones del director de la sucursal bancaria acerca de los negocios de Pedro Casas, de sus viajes de negocios a China y otras aventuras del empresario de baratijas de todo a cien. Su compañero, el agente García, lo estaba viendo y temía que en cualquier momento estallara.

—Es una suma que no está nada mal —puntualizó el director del banco, mientras removía un montón de papeles en su desordenada mesa de despacho—. Tenía una cuenta a plazo fijo, con una cantidad que no había tocado desde que la abrió. Pero eso no quiere decir nada, obviamente.

—¿De cuánto estamos hablando? —preguntó el agente García viendo que su compañero tenía los nervios a flor de piel—. Llevamos aquí una hora y sabemos vida y milagros de su cliente, ahora muerto, pero no el dinero que tenía en esas cuentas.

—Tuvo varias cuentas de ahorro: una solo a su nombre, otra a nombre de él y de su exmujer, otra con su hija, una cuenta corriente para la empresa y varios tipos de inversiones en acciones de empresas nacionales, así como...

—¡Basta! —gritó por fin el agente Terreros, y se puso de pie. Miró su reloj de pulsera y dándole golpecitos con el dedo índice dijo—: En diez minutos quiero las cuentas bien claritas encima de la mesa.

—Pero...

—¡Ni pero, ni pera! —bramó ahora el agente García—. ¡Coja una hoja de papel y un puto lápiz y apunte lo que tenía Pedro Casas en el banco!

—De acuerdo —admitió el director visiblemente molesto—. ¿Tienen que hacer algún recado por aquí cerca? —Al ver el rostro del agente Terreros se arrepintió de haber formulado la pregunta.

Apenas quedaban clientes en el Mercado Central. Los dependientes limpiaban con ahínco los puestos y guardaban en las cámaras frigoríficas el género que no habían vendido. Monfort se apoyaba en una de las paredes exteriores del mercado, fumando un cigarrillo. Lo vio salir deprisa, con el gesto enfurruñado. Aplastó la colilla con la suela del zapato y en cuatro zancadas se puso a su altura.

—¿Álex? —preguntó.